



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© 2021, Amaya Valdemoro y Nora Bucket

© Ilustraciones: 2021, Mikko

© De esta edición:

2021, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-392-4

Depósito legal: M-18636-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2021

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



## LA TRAMPA DEL MAPACHE

Ilustraciones de Mikko

loqueleq





Amaya le vio llegar a la carrera desde el otro lado de la calle, mientras los Trugos esperaban su turno en la cancha vieja.

—Mira quién viene —dijo tumbada boca abajo en el césped.

—No nos ha visto —replicó Nando, que había seguido la dirección de su mirada.

Sentada a su lado, True estiró el cuello e hizo visera con la mano, con los ojos entrecerrados para cubrirse del sol.

—¡Eh, Migue! —gritó mientras hacía aspavientos con el brazo contrario, porque Miguel Ángel Jordán, al que todos menos ella llamaban Mike, se había frenado en seco y miraba a izquierda y derecha con las palmas en las rodillas para coger aire—. ¡Acá, nene!

—No se entera. —Amaya se levantó de un salto, llevó dos dedos a los labios y silbó tan fuerte que Trece, negro de la punta del hocico a la punta del rabo, alzó las orejas y la miró listo para salir corriendo.

Mike los localizó y trotó hacia ellos con zancadas larguiruchas y lentas. Venía respirando por la boca con la lengua fuera.

—Estáis aquí... —jadeó de pie delante de ellos, dándoles sombra, con el pelo pegado a la frente.

6 Zapatillas rojas de basket modelo retro Air Jordan, pantalones anchos desmontables, camiseta de manga larga reman-gada. Mike era guapo a su manera, con unos ojos verdes muy llamativos aunque pequeños y la nariz picuda, pero a ratos también era demasiado intenso y tan pesado como un pívot, y eso no lo ayudaba a tener muchos amigos aparte de los Trugos.

—¿Y? —True, la argentina del grupo, ya se estaba riendo. Le brillaban los ojos cada vez que se le ocurría alguna mala idea—. ¿Te metiste a bombero? ¿Traes una regaderita para apagar el incendio, lo menos?

—Respira, anda. —Nando dio unas palmadas en el suelo, a su lado, y Mike buscó el mejor sitio para dejarse caer entre las calvas del césped.

Las prisas eran porque traía información privilegiada sobre los Minijuegos Olímpicos Colegiales o, como todos los llamaban, las «miniolimpiadas escolares»:

—Nos van a juntar a todos en el mismo sitio el tercer fin de semana de abril. Tres días, de viernes a domingo. Tres días y ocho pruebas. —Las fue enumerando con los dedos—: 400

metros, natación, vóley, fútbol-7, tiro con arco, otras dos más que no me acuerdo...

—Y baloncesto —le cortó Amaya.

—Y baloncesto —repitió Mike.

—Súper.

Para Amaya, si había atletismo y basket, todo perfecto.

Desde que los Trugos ganaron a los del Kale en la fiesta del colegio y Pablo Ragnar aceptó seguir entrenándolos, no habían dejado de mejorar y ese año el nuevo equipo mixto del Príncipe de Asturias, el colegio de los Trugos, se había convertido en un rival duro de verdad en la liga escolar.

7

A falta de un partido de la primera fase, ya estaba claro que iban a quedar terceros de su grupo y, con ese resultado, después de las miniolimpiadas empezaba lo bueno. Los tres primeros de cada uno de los dos grupos en que se dividía la liga competirían entre ellos y por fin se verían las caras con el Kale de Coco y los mellizos Atlas, y también con el Numantia, el equipo de Dani el Sucio, con quien Amaya seguía picándose en clase.

Dani y ella vigilaban sus resultados como si la liga fuera una competición solamente entre ellos.

«Os ha ganado un equipo de niñas», se burló él cuando los Trugos perdieron contra el Liceo Bazán, el colegio de chicas a las que en la liga llamaban las Nenas.

«¡Te ha mordido el culo un mapache!», le gritó ella desde la otra punta del pasillo el lunes siguiente, cuando el Numantia perdió su partido.

De todos modos, los dos habían superado la primera fase: en la siguiente habría seis equipos, los mejores, y ahí estarían los Trugos. Pero eso sería después de las miniolimpiadas.

8 —Tres días enteros —repitió Amaya.

—... y campamento olímpico con cinco colegios.

—¿También el Kale? —preguntaron a Mike. La Academia Kalemegdan era un internado y normalmente solo se mezclaban con el resto en la cancha.

—Nosotros, el Kale, los Mapaches, los Boscosos y las Nenas.

—¿Y los del Newton?

—Este año no vienen.

Amaya resopló mientras cogía el balón y lo hacía rotar sobre la yema del dedo, ya lo tenía dominado. Le daba rabia que los del Newton no estuvieran, porque le gustaba competir contra todos, cuantos más, mejor.

—Se han quedado fuera por lo del año pasado —adivinó Nando.

Mike asintió.

—¿Qué fue? —preguntó True.



—Pillaron a dos del Newton haciendo trampas, y el colegio decidió retirarse de la competición —explicó Mike.

—¿Qué trampas?

Los tres a una, Amaya, Nando y Mike, se encogieron de hombros. Nadie del Príncipe de Asturias se enteró de los detalles ni de qué pasó al final con los chicos del Newton.

Un grito interrumpió la charla: Ernesto y Silvia llegaban desafinando a voces, improvisando una canción sin ningún ritmo. Ella se reía, con el flequillo moreno tapándole media cara, mientras Ernest sacudía la cabeza arriba y abajo.

—A esos pibes les faltan los suplentes y el aguatero... —murmuró True antes de girarse hacia Mike—. Mirá vos qué suertudo: te traen la lluvia para tu incendio.



10 Las siguientes dos semanas pasaron volando para todos los Trugos, pero sobre todo para Amaya, porque en su mundo de canastas, porterías y pistas de atletismo todo iba mucho más rápido. Mientras los demás andaban, ella corría: quería verlo todo y estar en todas partes al mismo tiempo. Su abuelo Álvaro era el único capaz de lograr que se quedara quieta.

Las hermanas Valdemoro habían sido las primeras nietas de Álvaro y Lucía. A Virginia la habían mimado desde el primer segundo, pero con Amaya había sido un poco distinto.

—Fue culpa de una enfermera —le contaba su padre—. En agosto, cuando ya faltaba poco para que nacieras, tu madre y yo fuimos a la Clínica Santa Elena para una de las últimas revisiones del embarazo. En todos esos meses no habíamos querido saber si ibas a ser niño o niña, pero llegó ella y soltó la bomba. —Aquí, Álvaro Valdemoro ponía voz de jurado de concurso—. Nos dijo: «Las pulsaciones son bajas, va a ser niño».

Cuando los abuelos se enteraron de que iban a tener un nieto se ilusionaron, y el día que nació Amaya se llevaron una sorpresa.

—Cuando naciste, el yayo me preguntó si mamá y tú estabais bien, y cuando le dije que sí, cogió al Celta y en lugar de venirse al hospital se marchó a la viña.

Doce años después, el abuelo no habría cambiado a Amaya por nadie en el mundo y a ella le pasaba lo mismo.

11

Los dos juntos recorrían las viñas con Trece y con Celta, el perrazo mezcla alsaciano y pastor alemán del yayo, hablando sobre los partidos y las carreras de Amaya o sobre sus amigos. Esa tarde había ido a verle porque al día siguiente se marchaba al campamento olímpico y se le había hecho de noche sin darse cuenta. Ya habían encendido las farolas en la calle de los Cometas cuando entró en casa con Trece pegado a los talones.

Al oír la puerta, su padre asomó la cabeza desde la cocina:

—¡Al fin llegas!

Ella pasó a su lado sin aflojar la marcha directa hacia la encimera, pero su madre la cazó antes de que le diera un pellizco al cuenco de virutas de chocolate de cuatro colores que usaba para hacer los pasteles que luego vendía en la panadería-pastelería El Napolitano.

—Ni se te ocurra —le dijo.

—Por favor, por favor, por favor por favor...

Amaya le sujetó la cara con las dos manos, le botó una ristra de besos en la mejilla y su madre solo pudo liberarse dejando que cogiera algunas.

12



—¿A qué hora sale el avión? —escuchó de pronto.

Su hermana Virginia estaba sentada en el umbral de la puerta, no la había oído llegar. Álvaro, que estaba llenando una jarra de agua, habló sin darse la vuelta:

—A las dos de la mañana. Cenamos y me marcho.

Era policía y se marchaba a hacer un curso de una semana a Estados Unidos.

—¿Qué nos vas a traer? —preguntó Amaya.

—Una mofeta americana amaestrada.

Amaya se había sentado de un salto en la encimera y balanceaba los pies, con los ojos abiertos como platos.

—¿De verdad?

Su padre soltó una carcajada, y Virginia resopló desde la puerta mientras pensaba que su hermana pequeña era una descerebrada.

Con cuatro años la habían convencido de que era capaz de poner huevos si apretaba fuerte. Creía que era capaz de ponerlos hasta dormida, así que todas las mañanas buscaba por si había un pollito en la cama.

Con cinco pensaba que el yayo Álvaro había inventado las uvas.

Con seis se había tragado durante toda una tarde que, si se ponía al otro lado de la pared contra la que se apoyaba la tele, saldría por uno de los canales...

La lista se desplegaba larga como una serpentina, y no paraba de crecer.

—¿De verdad vas a traerte una mofeta? —insistió Amaya.

—Tú eres la mofeta —respondió su padre tapándose la nariz con dos dedos.

Amaya levantó los pies tan alto como pudo, hacia él, y aquello habría empezado una guerra, pero justo entonces sonó el timbre.

14

—¡Voy yo! —gritó mientras salía disparada a abrir.

En la puerta, un hombre joven y no muy alto, con las cejas gruesas y la nariz levemente torcida como si hubiera empezado a crecer en una dirección antes de cambiar de idea, la saludó con voz ronca.



El chico de la nariz dubitativa se llamaba Maíz, era el entrenador del Club de Atletismo de Alcobendas y nunca hacía visitas a domicilio. Eso era justo lo que Amaya, Silvia y Magic iban discutiendo en ese instante, las tres sentadas en el asiento de atrás del coche de la señora Marlin, camino del polideportivo municipal de Alcobendas.

15

—Dice que el sábado que viene hay una carrera y quiere que corra con los cadetes —contaba Amaya—. Vino a preguntárselo a mis padres y a que le firmaran el permiso.

—¿Preguntarles qué?

—Eso, que si puedo correr con los cadetes.

—Pero ¿los cadetes no son mayores? —Magic estaba confusa.

—Catorce y quince años —respondió Silvia.

—Entonces, ¿por qué vas a correr con ellos?

Amaya sonrió de oreja a oreja.

—Soy demasiado buena para mi categoría.

—Se lo voy a decir a Nando —se rio Silvia.

—A él también le gano.

Amaya, Silvia y Nando eran uña y carne antes de acoger a Mike, Ernest, True, Magic y Curry bajo la protección del Trugo, el monstruo bueno, y que los ocho se convirtieran en los Trugos. Ahora todos compartían equipo de basket y, excepto Curry, también clase en el primero B del Príncipe de Asturias.

16 Durante un rato, las tres chicas se quedaron en silencio y solo se oyó la música de la radio y los tarareos de la señora Marlin al volante mientras el coche —un armatoste largo, cuadrado y bajo, de color naranja y con una banda horizontal más oscura en el medio— destacaba en el río del tráfico como una carpa dorada en un banco de sardinas. Al otro lado de la ventanilla asomaban ya los primeros árboles del parque Adolfo Suárez y el Arroyo de la Vega.

—¿Cuándo entrenan los cadetes? —preguntó de repente Silvia, como si acabara de caer en algo.

—Miércoles y viernes, creo. —Amaya no la miraba porque había descubierto un hilito en el puño de su sudadera e intentaba cogerlo.

—Y si Maíz te sube con ellos, ¿qué pasa con el basket?

—No voy a entrenar con ellos, es solo una carrera.

—¿Seguro? —No acababa de creérselo.

Amaya alzó la mirada sin soltar el hilo de la sudadera.



—Podría hacer las dos cosas —dijo para zanjar el tema.

Estaba convencida de eso, porque siempre había podido con todo cuando de verdad tenía ganas de hacerlo. Como ese sábado que se levantó a las cuatro de la mañana para correr un cross a más de ciento cincuenta kilómetros, en Aranda de Duero, y al terminar la carrera su padre la llevó directa a entrenar al colegio con Ragnar y los Trugos, como si nada.

Era su forma de ser: Amaya nunca veía un muro lo bastante alto como para no poder escalarlo si había algo interesante al otro lado.

La señora Marlin tomó la primera salida de la rotonda para abandonar la avenida de Rafael Nadal y avanzar por la de Fernando Alonso. Iban dejando a la derecha una pared baja llena de murales deportivos: taekwondo, pádel, ciclismo... Frenó delante de uno en el que un chico atrapaba un balón blanco de rugby con las costuras azules.

Ahí estaban: en la entrada del polideportivo José Caballero, con tres pabellones, tres campos de fútbol-11, tres piscinas, cuatro pistas de tenis y otras cuatro de pádel y hasta un campo de rugby, rodeado por las pistas de atletismo. En conjunto, una pequeña ciudad deportiva, y los siguientes tres días sería suya.

—Es gigante... —dijo Magic con los ojos abiertos de par en par.

Los Marlin se habían mudado a Alcobendas hacía poco más de seis meses y no había pasado antes por allí.

—¿Veis a alguien? —preguntó Silvia, alzándose de puntillas en el mosaico de colores y de gritos.

«Alguien» era cualquiera de los Trugos. Si no, cualquiera del Príncipe de Asturias. Si no, cualquiera conocido de otros colegios.

18 —Ahí está Coco. —Magic señalaba mucho más allá, hacia un grupito de chicos con chándal amarillo y azul, los colores del internado.

—Y la melliza Atlas. —Silvia había reconocido a la chica con la que hablaba la base del Kale.

—¡Ey, piolas! —escucharon a su espalda.

True y Ernest caminaban hacia ellos.

—¿Y el resto? —preguntó él, sin más rodeos.

—A lo mejor ya están dentro.

—¡Vamos! —se impacientó Amaya, que seguía mirando a un lado y a otro.

Natxo, el nuevo profesor de primero B, había quedado con su clase «a las nueve menos cuarto en el barracón B» y tenían que encontrarlo, así que las tres chicas sacaron las mochilas del maletero y se despidieron a la carrera de la madre de Magic.

Amaya lo hizo ya a varios metros del coche.

—¡Adiós! —le lanzó como quien lanza un pase largo de béisbol.

No esperó a ver si la señora Marlin lo atrapaba.